ESTAMPAS SEVILLANAS

LOS PENITENTES

EN las procesiones, detrás de las imágenes, sigue una letanía de penitentes de ambos sexos. El número de éstos está en consecuencia del fervor o pasión de enamoramiento que cada uno dedica a la imagen de su preferencia, y la devoción o sacrificio que a su modo le ofrece.

Unos, con los brazos rígidos extendidos horizontalmente –durísima penitencia– hacen de cruz humana durante todo el recorrido procesional que es siempre de muchas horas. Otros, cargados con una cruz de madera más o menos grande y pesada, sufren el calvario de su camino. Algunos, argollados sus tobillos con cadenas que arrastran, muerden con resignación el martirio que les hace sangrar. La mayoría de los penitentes van descalzos, todos vestidos con negros sayones, cabeza y rostro cubiertos, sin más luz que la de sus ojos que escrutan el sendero de penitencia. Marchan acompasados y en silencio; un silencio íntimo en el que sólo hablarán para sí los sentimientos fervorosos, acaso las penas, desengaños, agradecimientos o consuelos que fueron estímulos para estas duras entregas de ejercicio devocional.

Conocer las razones justificadoras de estos ofrecimientos, es de grandiosa sabiduría, sólo accesible a la divinidad a quien tal sacrificio se dedica. Adivinar o intuir siquiera, los humanos motivos que impulsaron a estas promesas votivas, implicaría un poder mágico para calar muy hondamente en el inagotable y sugerente mundo emocional, diverso en cada una de las criaturas, en el que se generan las infinitas modalidades del sentimiento. En estos desfiles procesionales caminan confundidos hombres y mujeres, y cada uno, desde

su prisma opuesto de condición, las emotividades serán diferentes, aunque, en algunos casos, tengan una motivación semejante; pero pueden ser tan múltiples en número y cualidad, que escapan a toda pretendida y utópica consideración imaginativa, tanto en la cuantía como en la intensidad.

Será en unos el incentivo de muy honda pena que suspira consuelo, y que por esta dedicación fervorosa espera encontrarlo; será la mordedura de un grave pecado que envenena la vida porque no puede salir a lo exterior, dado que la calle y la barreduela son propicias a los incomprensiones, burlas y anatemas, y en la angustia de la intimidad busca y se acoje a quien por el hecho de su dolor y sacrificio, Virgen o Cristo, tienen la magnificencia divina capaz de otorgar todos los perdones ante el sincero arrepentimiento. Será en otros ese fervor penitente como panacea humildada ante un desengaño amargo que empuja a respuesta de rencores, mas como fue amor, desea la firmeza bastante para saber perdonar, porque no quiere llevar constantemente en su corazón sierpes de odio. Tantas y tantas motivaciones emocionales, que escapan a toda ajena adivinación.

No será extraño advertir que los antifaces que ocultan los rostros se hallen humedecidos por lágrimas hontanadas por distintas o contrapuestas expresiones de la vida más hondamente afectiva; ilusiones rotas, esperanzas deshojadas, mordeduras de desengaños, penas de luto, o, acaso, por alegrías de agradecimientos, que también aquéllas declaran estos sentires cuando su intensidad se sublima en lo inefable. ¿Pero quién sabe, o siquiera su sugerencia lo presume? Es sólo el alma que siente y se manifiesta exclusivamente para sí, guardando el secreto aún más que los rostros velados por los antifaces.

Unos pasos delante hace camino de penitencia el Cristo maltratado y herido, a cuestas el martirio de la pesada Cruz, símbolo de todos los pecados del mundo que El ha venido a redimir admitiendo para ello su sacrificio humano. Va en silencio, pero sin duda conocerá en todas sus dimensiones y en su diversidad o coincidencia, esos sentimientos que devanan los penitentes que le siguen devotos por su dolor y por los propios. Más como Cristo es Dios, en su día y lugar premiará a los buenos con su gloria, y también a los que por sinceros arrepentimientos de pasadas culpas alcancen a merecerla.

Estos penitentes que han vivido la tortura material del largo recorrido, eslabonando a la vez pensamientos o tribulaciones, terminada la procesión llegan a sus hogares exhaustos de fatigas; los más

con heridas que las aristas de la cruz rayara en sus hombros; ensangrentados los tobillos de los que arrastraron cadenas. Unos y otros se despojan de sus cilicios sin que una queja asome a sus labios; más bien la serenidad de haber cimado lo sagrado de una promesa, dura y mortificante en verdad, pero que puede alumbrar alegrías de renovación y esperanzas compensadoras.

Cuando el hecho oferente, más que como promesa liberadora de pecados, es en agradecimiento de bienes recibidos o pasión devocionada, este sacrificio lo repiten años tras años como un rito en el que hallan la permanente purificación y afirmaciones de bienandanzas para todos los días.

Los penitentes son siempre varios centenares en seguimiento del Jesús del Gran Poder que es el que concita los fervores más apasionados. Sin duda será porque conmueva su rostro dolorido, porque se tiene fanática fe en sus milagros, pues conociendo su grandeza y poder, en El se cifran todas las esperanzas de consuelos y bienes que se anhelan.

Quienes sin cilicios mortificantes caminan tras las Vírgenes, lo hacen por preferente adoración admirativa en lo que ellas tienen de augusta maternidad sublimada de amargura por la muerte en sacrificio del hijo amado.

Cuando los desfiles procesionales se coronan con el último clamor emocional, es la Virgen de la Soledad la que, excepcionalmente de luto, sin lujos de varales de plata ni palio de ricos bordados, solamente el del cielo esmaltado con los diamantes de las estrellas, camina con prisa en la inquietud que espera ver cumplida la profecía de la Resurrección. Las campanas impacientes, apenas barruntan la aurora, cantan caudalosamente el himno salvador, y Ella, y todas las soledades que representa y también en los penitentes viven se hacen gloria de esperanzas. El supremo milagro brilla e ilumina al mundo, a la vez que la luz fulgurante del sol en plenitud de primavera andaluza, exultante de alegrías y muy perfumada de azahares.

Edmundo COSTILLO MARIN